

Las noches en Nueva Orleans

Gregorio Ortega

[...] EN LO MÁS CERRADO DEL MONTE DESCUBRIERON un calvero con varios ranchos de guano. Nada se movía alrededor. «Un palenque de cimarrones», dijo Corúa. Y agregó: «Vamos a ver si encontramos negras». Los piratas se arrojaron sobre los varaentierra y los bohíos, derribaron a patadas sus puertas de yaguas y en sus recintos desiertos hallaron cenizas aún calientes: sobre un fogón colgaba por el rabo una jutía destripada. «Se fueron hace poco», rezongó Corúa. «Vamos tras ellos», ordenó Gilbert. Pero algunos habían prendido antorchas, pisoteaban los jergones, levantaban las frazadas, pateaban las cazuelas de barro y los calderos de hierro, volcaban las bolsas de cuero llenas de brujerías, y se asombraban al tropezarse con yaguas cubiertas de tasajo de puerco y serones llenos de plátanos y de malanga. No tenían prisa, y al golpearse uno la cabeza con unos enormes güiros colgados de las varas del techo, los musimanes se agruparon. Los puñales cortaron las correas que los suspendían y los güiros comenzaron a girar de boca en boca, la sambumbia que contenían era fuerte, la bebida fermentada estaba espoleada con ají guaguao, y los piratas la bebían a largos tragos. «Vamos a buscar a las negras», reiteró Corúa, «después regresamos». Y se lanzó al monte; los otros, rijosos, las bocas y las tripas como hornos, se arrojaron detrás de él. Hallaron una senda que trepaba la falda de un cerro, se abrieron paso a tajos por entre un cuabal, obstinados contra las ramas espinosas, trastabillando entre las rocas filosas, resbalando en las lajas, en los pedregales, y de pronto uno soltó un alarido y se desplomó con el venablo de un herrón clavado en la espalda. Frente a los piratas se alzaba vertical un paredón, y de la espesura surgieron machetes calabozos y lanzas de caoba que los sajaban, los hendían, los perforaban, y únicamente cuando la luna

destellaba en las negras pieles sudadas podían distinguir a sus atacantes. El asedio era sordo, un rumor apagado de ronquidos, gruñidos, que rajaba de pronto un grito o una maldición. Los piratas lograron apretarse espalda contra espalda y dispararon sus armas en círculo contra las tinieblas; hubo quejidos, cuerpos que se abatían, y luego un tumulto de gajos partidos que se alejaba. Se agazapaba de nuevo el terror de la noche, sus filos y puntas. Ese fuego negro que hiela las mentes. Cuando se impuso el silencio, uno de los piratas tenía el brazo izquierdo cercenado desde el codo y otro una honda herida en las costillas. Después de quitarle sus armas, dejaron el muerto a las auras y los perros jíbaros, cargaron a los heridos, y Gilbert masculló la orden de regresar a la playa. La retirada fue bajo una tenaz llovizna, que pronto fue una tormenta que tamborileaba sobre los árboles, engrosaba las cañadas, rugía en torrentes en los cañones, y los obligaba a largos rodeos para encontrar un vado. Los relámpagos tornaban espectral el bosque y los truenos se confundían con el estrépito de los árboles al desplomarse. El viento se arremolinaba en las quebradas y aullaba en los desfiladeros, cada rama era un vergajo que les cruzaba el rostro.

Ya el sol se levantaba en el horizonte y la tempestad se dispersaba en apacibles nubes blancas que volaban sobre el mar, cuando salieron de los mangles a la playa. Tendieron a los heridos bajo las uvas caletas, y se acercaron a la hoguera. Se quitaron la ropa empapada y desnudos se sentaron en torno al fuego. Los tres hombres que Gilbert había dejado a su cuidado asaban ya la carne de la última res capturada dos noches antes.

Derrengados por la dura noche, los piratas terminaron por acogerse a las sombras. Ardía la arena y cegaba el mar, bajo un sol crudo. De improviso saltó entre ellos un alano, hundió las patas en la arena y gruñó recogiendo los labios y mostrando los poderosos dientes. Corúa se le acercó despacio con el sable en la mano, el perro retrocedió, el rabo entre las piernas, pero siempre dándole los dientes. Bruscamente el perro saltó a la garganta de Corúa, y el pirata agachándose lo ensartó en el aire. Sacó el puñal y se lo enterró en el cuello para acallar sus chillidos lastimeros. Se oyeron ladridos y salieron de los mangles cuatro hombres, en la mano izquierda la trailla que sostenía los grandes perros, en la derecha la pistola. Se detuvieron en silencio; los piratas los rodearon con sus escopetas y trabucos listos. El que iba al frente de la partida —sombrero de paja con ala ancha y caída sobre las cejas, ojos como brasas en la piel atezada, patillas negras hasta la comisura de los labios y pañuelo rojo al cuello—, escrutó uno a uno a los piratas, y articuló lentamente:

—Corúa, yo te saqué de la cárcel y te incluí en la partida.

—Ya yo saldé mis cuentas, Laborí —respondió el zambo.

—Me espantaron los cimarrones. Era la cuadrilla de Domingo Macuá. Hacía dos noches que esperaba que regresaran, andaban mezclados con los mansos de los ingenios y cafetales, ocultos por la negrada en los bohíos y barracones.

—Hay algunos muertos al pie del farallón. Puedes cortarles las orejas como comprobante.

—Los quería vivos a todos.

Hubo un hosco silencio. Laborí caminó hasta la hoguera, arrancó unos pedazos de carne y se los tiró a los perros. Se sentó en una piedra, cortó una lasca de carne y se la llevó a la boca en la punta del cuchillo.

—¿Tienen algo de beber?

Gilbert le tiró una garrafa con aguardiente. El rancheador le quitó el tapón con los dientes, y se dio un largo trago. Entonces se levantó, esperó que los perros acabaran de comer, y caminó hacia los mangles. Masculló:

—Mejor no vuelvan por aquí.

Hecha la advertencia, le dio la espalda a los piratas, y cincelado en lápida de sepulcro, tajante, empecinado, desapareció a trancos en la maleza con sus hombres y sus perros. Corúa murmuró:

—Vámonos. Ese Laborí es muy capaz de regresar con refuerzos.

Gilbert mandó cargar la carne en el bote, y bastaron tres viajes hasta la goleta para llevársela toda. «Tú vienes conmigo», rezongó Gilbert, casi sin mirarlo, al pasar junto a Pablo. Zarparon enseguida y fueron costeano la cayería hacia el poniente. El herido, al que le habían clavado una lanza en las costillas, murió al atardecer y fue arrojado a los tiburones.

Sobrevino una calma chicha y los piratas salaron la carne, en espera de que se levantara el viento. Pablo se tiró a dormir en cubierta sobre un rollo de sogas; se despertó a medianoche con el crujido de las jarcias, un viento fresco batía las velas y al fin las hinchó. Gilbert se movía a zancadas por la cubierta, había sacado un tonelete de ron y le ordenaba silencio a los hombres que bebían. Pablo no comprendía la tensión que ganaba a los piratas, hasta que uno le señaló una goleta en el horizonte, apenas visible contra la luz de la luna y el cielo estrellado. Se acercaban a ella, la brisa les trajo el ácido y rancio hedor de negros. Ese hedor enardecía a los musimanos.

—Está al paio —mascullaba Gilbert—. Debe venir cargada. Espera señales de la costa para descargar la negrada.

La codicia ardía en la mirada de los piratas al pensar en el sollado repleto de negros. Sabían que el infatigable acoso de los cruceros ingleses que perseguían la trata y la necesidad de dotaciones para los ingenios azucareros que se fomentaban en Vuelta Abajo, habían hecho subir el precio de los esclavos, y se prometían la mejor presa de su vida. Impresionó a Pablo, que nunca lo había visto, el fuego de San Telmo en las puntas de los mástiles y de las vergas de aquella goleta, el fuego fatuo que oscilaba sobre sus escotillas. La goleta no se movía, no se veía a nadie sobre cubierta ni en la cofa. Corúa murmuró:

—¿Tendrán la peste? Parece abandonada.

A la primera claridad nacarada del día percibieron rasgones en algunas de sus velas; la goleta, soñolienta, se balanceaba con el suave oleaje de la brisa matinal. Imperceptiblemente giraron las colisas, no se veía a nadie detrás de ellas, de pronto se iluminaron seis llamaradas, y se escuchó un solo estampido. Pablo brincó a tiempo cuando el mastelero, partido, se derribó sobre la cubierta. Flameó un pabellón negro y la espectral goleta largó todas las velas, se alejó mar afuera cuando ya asomaba el sol. Gilbert la perseguía con su catalejo. Al cabo, gritó:

—Maldición. Es Pedro Blanco. ¡Condenado pirata! ¿No podía haber otro negrero en estas aguas que el *Ciclón*? ¡Venir a toparnos con él!

Sobre la cubierta del *Ciclón* sólo se veía un hombre, enteco, tieso, vestido con un largo capote negro; el sol arrancaba destellos metálicos de sus ojos, duros como córnea de escarabajo. Su rostro era una máscara pétreo. Pablo se preguntaba si expresaba tristeza, demencia, o asco y desprecio.

Gilbert barloventeó entre los cayos, procurando el amparo de los canalizos para evitar los barcos artillados de los españoles, y al amanecer del siguiente día la maltrecha goleta enfiló hacia la costa. Tenía el sol de frente, su resplandor surgía de entre copudos árboles más allá de las arenas y las uvas caletas. Corúa descansó su brazo sobre los hombros de Pablo, y exclamó alegre:

—Ya verás qué bien se pasa aquí en Las Tumbas del viejo Noroña.

Cuando el bote se aproximó a la larguísima playa, Pablo descubrió tres figuras sobre una duna. Ya más cerca se percató de que eran dos ancianos y un hombre bajito, delgado, con un brazo en cabestrillo. Ceñida la frente con una vincha azul, el pelo blanco le caía sobre los hombros a uno de los ancianos, vestía apenas unos calzones cortos deshilachados; el otro resultó ser una negra, cargada de espaldas, que se apoyaba en un cayado. Al saltar al agua y tirar de la sogu para varar el bote, Pablo reconoció al tercero: era el capitán de los musimanes que habían asesinado a sus padres. Si la barba seguía siendo rala, como la de un chino, el pelo crespo le formaba un alto casco espeso y enmarañado. Ceñía sus calzones de hule una ancha faja de cuero donde encajaba un puñal con cabo de plata. Gilbert los abrazó, y le dijo al capitán: «¿Cómo va eso? ¿Listo, Gallito?» El otro sacó el brazo del cabestrillo y lo sacudió en el aire. «¡Como nuevo!», proclamó riéndose.

Un venado en puya se asaba a fuego lento. Noroña se sentó en una piedra y fue volteándolo para que se tostara parejo; su mujer, de tiempo en tiempo venía y exprimía una naranja agria sobre la carne dorada. Aparecieron jutías ahumadas y deliciosos panales de abejas de la tierra. Pablo temió al principio que Gallito lo recordara; pero aquella noche terrible no fue más que un niño que gemía entre los otros, agarrado a las faldas de su madre; desde entonces había estirado, sus músculos se definían y el rostro delgado, anguloso, revelaba un coraje frío, retenido. Terminó por sentársele enfrente y lo fue cuadrando: Gallito era jactancioso, zoquete, y, por sus relatos, temerario.

Esa noche, frente a la luna y el mar, L'Epée le describió con fervor y nostalgia las mujeres de Nueva Orleans. L'Epée hablaba con el mismo dejo del dueño del cafetal Laboy; tenía barba, melena y mostacho rubios, rizados, un gran arete circular en una oreja, y usaba sombrero y pañuelo negros, el sombrero aludo y el pañuelo anudado al cuello, el nudo bajo un grueso aro de oro. Ponía los ojos en blanco y suspiraba cuando se refería a las mulatas de ojos verdes, que olían a jazmín y no se parecían en nada a las que había por aquí en los barracones —allá también las había pasúas, pero era en los algo donales y esas no contaban. Habló relamiéndose de las rubias con espléndidos escotes; de las calles de burdeles en cuyos balcones de hierro forjado y ventanas enrejadas no se apagaba la luz en toda la noche; de sus cafés bajo

radiantes arañas, donde las llamas de las velas se quebraban en una lluvia de prismas de cristal. Sobre todo habló de la nueva música que invadía ahora los escenarios de los cafés y las salas con espejos y cortinajes y divanes de los burdeles, sus patios de baldosas rojas bajo los árboles florecidos de blancas magnolias. Única en el mundo, decía extasiado L'Epée, ¡qué solos de trompetas, qué retozos con el teclado del piano! Había un negro que tenía una voz ronca; pero en el coro celestial, los ángeles tienen que tener su ronquera. También habló de los magníficos hermanos Lafitte, él había navegado con ellos, vendían las piezas de ébano al peso y regalaban collares de esmeraldas a las damas de la aristocracia sureña.

—¿Te gusta la música? —le preguntó L'Epée.

—No sé —dijo turbado Pablo.

Al día siguiente buscaron un árbol con el fuste recto y lo desbastaron para reemplazar el mastelero astillado; remendaron las velas con fibras de majagua; y taparon los boquetes abiertos por los cañonazos del *Ciclón* con estopa, brea y tablas rústicas. En las noches, Pablo se arrimaba a L'Epée, y entre trago y trago de ron se dejaba embrujar por los fulgores de Nueva Orleans. Dispuesta la goleta y reposados los hombres, Gilbert ordenó partir antes del alba. Con ellos iba Gallito; en el bohío de Noroña, arrebujado en una hamaca, desenchajado y delirante, quedó El Mocho, como ya le decían al que los cimarrones habían tronchado el brazo.

Rodearon el peñón del cabo San Antonio, cubierto de bosques, y navegaron a lo largo de espumantes acantilados, breves playas, y ciénagas a la sombra de yanás y mangles; en la tarde dijo Gilbert:

—Ahí están Las Tetas de María la Gorda. Echaremos el ancla para pasar la noche.

De un oscuro promontorio se proyectaban en lo alto dos espolones rocosos. Saltaron al agua y caminaron por los dientes de perro, la arena y los guanales, hasta una ancha y larga playa, donde un claro en la espesa manigua acogía tres ranchos y dos humeantes cachimbos. Gritó con voz estentórea Gilbert:

—¡Llegaron los musimanes!

Se asomó entre los negros conos de los cachimbos una mujerona jarretuda, de formidable cogote y enorme pechuga, las piernas varicosas envueltas en hojas de malanga atadas con trapos mugrientos; descalza, sus dedos negros, grandes y abiertos, se hincaban hondos en la arena. Clavó los puños en las caderas, y con una ancha sonrisa aguardó que se acercaran, sin soltar el cabo de tabaco de entre los dientes.

—¡Manda a buscar negras y tambor! —le dijo Gilbert, y le tiró un bolso de cuero. María la Gorda lo sopesó, lo abrió, volcó las onzas de oro en la palma de la mano, escupió el cabo de tabaco, y rió mostrando sus grandes dientes cariados y amarillos. Fue hacia el umbral de uno de los bohíos, recogió un cobo del suelo y se llevó el enorme caracol a los labios: su bronco sonido, un bramido de toro, levantó una bandada de palomas torcaces en el monte.

Los piratas acuchillaron tres puercos, y Gilbert envió a Corúa y a Curazao a la goleta. Regresaron en un bote que vararon en la arena, y Pablo los ayudó a

descargar dos barricas de ron de Jamaica. Circuló el ron, una melaza parda, espesa y maloliente, en jícaras y güiros; los piratas trinchaban los puercos y se llevaban las masas tostadas, crujientes, de los hornos cavados en la arena a la boca en la punta de sus cuchillos; la grasa les chorreaba por las barbas y a ratos se la jugaban con el dorso del brazo velludo y sudado. Se asomó con cautela un negro entre los mangles; María la Gorda conversó con él, y enseñada, sin el menor ruido, se sumergió de nuevo en la maleza. Al anochecer, con la plaga de corasí, precedidas por dos tocadores de tambor, llegaron las negras, sin más ropa que túnicas desgarradas por las púas de los matorrales, colgadas de collares y pulseras de semillas, sobre todo rojas, y ese fuerte y denso olor que excitó a los piratas. Comieron en cuclillas, bebieron ron y los cueros de los tambores señorearon la noche. Las negras bailaron, ondulaban sus cuerpos, las manos en alto o en jarras, embestían al ritmo de los toques de tambor con sus vientres o sus nalgas. Una entonó una frase en lengua de selvas calientes, húmedas, y todas la reiteraron; la frase insistía percutiente como los cueros, modulada por los roces y los golpes de los dedos y las palmas sobre los cueros; siempre obsesiva, interrumpida a veces por un grito gutural. Los piratas saltaron al ruedo, se contorsionaban, agarraban a las negras por las grupas, y en la noche se amalgamaron todas las lenguas del Caribe, en un alucinante papiamento que era un eructo de barracones, abordajes y saqueos.

Las risas, el sandungueo de las nalgas y las claquetas de los grandes senos se fueron dispersando por el vasto arenal y los guanales; bajo las uvas caletas jadeaban roncocos resuellos y en torno a las barricas de ron hervían las imprecaciones. L'Épée se atusaba las guías de su bigote de mosquetero y declamaba ante una enorme negra, que lo miraba con ojos de vaca, sin entenderlo, le pasaba sus manazas callosas por la barba, como si la alisara, y al fin se dejó conducir al mar, retozaron en el agua, y al salir la negra era una espléndida estatua de bronce, Ochún emergiendo de la espuma. Cabalgó en la arena al francés; dejaba caer sus erguidos senos como racimos de uvas moradas sobre su boca, o le mordisqueaba con sus protuberantes belfos la barba y el mostacho dorados con tal voracidad que amenazaba con devorarlo de tres mordidas.

Una noche de Walpurgis podría haber considerado aquel espectáculo Pablo, cuya vida se había cifrado hasta entonces en el rastro de las piaras de cerdos por el monte y el alboroto de los ratones entre las mazorcas de maíz en la barbacoa del viejo de Cacarajícara. Apartado, encogido junto al umbral de un bohío, sus ojos de gato y su fino oído, hechos a escrutar la noche en las soledades, captaban la menor vibración en aquel insólito aquelarre. Por supuesto, aunque en las noches, junto al fogón en casa de Pepe Socarrás a veces se hablara con cierto temblor en la voz de hechiceras, jamás había oído mencionar Pablo la noche de Walpurgis o los aquelarres. Ni, pensándolo bien, Pablo consideraba aquella orgía entre piratas y negras como cosa de brujería, sino de las que le hinchaban y le endurecen las verijas a uno, y aunque el hervor en la playa fuera para él una ceremonia inusitada, por su carácter singular no se perdía el más insignificante pormenor. Todo implicaba una novedad, y tal vez por eso, fue el único que de pronto se percató de un cambio brusco en el

ritmo de los tambores. Vio una negra que huía a hurtadillas hacia los mangles, y observó que otras se deslizaban furtivamente. Aquello le dio mala espina; tensos sus nervios, alertas todos sus sentidos, se escurrió en las sombras hacia el bote. Un negro alto y fornido, armado con un machete calabozo, emergió de las tinieblas. Al darle la lumbre de la hoguera en el rostro vio Pablo que sus mejillas estaban sajudas en líneas paralelas, y que sus córneas eran dos rojas centellas. No tuvo tiempo de advertir a los piratas, el cimarrón levantó su arma, y aunque Gilbert, completamente borracho, alzó el brazo, en un intento desesperado de protegerse, el filo se le hundió en la nuca. Venían cimarrones corriendo desde distintos puntos de la manigua, en un coro de espeluznantes alaridos, arrojaban herrones, y descargaban golpes feroces con sus cuchillos y machetes. Uno se abalanzó sobre L'Epée enarbolando una lanza; la negra se le enfrentó con un ronco rugido y se arrojó cubriendo con su inmenso cuerpo el del pirata. La lanza quedó cimbrando clavada en sus caderas. L'Epée ya había alcanzado su pistola, y abatió al negro de un disparo. Recogió sus ropas y sus armas, y desnudo corrió hasta acurrucarse detrás del bote, junto a Pablo. Sonaron pistoletazos, y el combate se trabó en toda la playa. Gallito logró aglutinar a los sobrevivientes, y retrocediendo de espaldas al mar, entre mandobles y trabucazos, rodearon el bote. Ya en el agua, al acercarse a la goleta, vieron un negro que subía por la escala. Corúa lo derribó de un escopetazo. Otros negros nadaban en las aguas oscuras, sus cabezas se distinguían súbitamente en las crestas de las olas, entre la espuma de los arrecifes, iluminadas por la luna.

—¡Duro, a ellos! ¡Hijoeputas, quieren apoderarse de la goleta! —bramaba Gallito. Disparaban sus armas contra las cabezas, las golpeaban furiosos con los remos, las degollaban, las acuchillaban. Al fin treparon a la goleta, tendieron las velas y se alejaron de la costa.

—Los muy brutos, creen que pueden regresar en la goleta al África —dijo Corúa a Pablo, ya sereno, restañándose con un pañuelo la herida que le abría el muslo.

Al clarear volvieron a los arrecifes, un aurero giraba alto en el cielo, algunos buitres se posaban ya en las uvas caletas. Pablo bajó con Gallito y otros hombres hacia la playa y los ranchos. Estaban desiertos; se veían numerosos cadáveres de negros y de piratas esparcidos bajo los mangles o flotando en las aguas; las barricas de ron y la carne de puerco habían desaparecido. Los musimanes cogieron el trillo por donde habían venido las negras, caminaron por entre la manigua baja y espinosa, y a una legua se toparon con un palenque. Tampoco allí había un alma. Gallito registró los bohíos y después les pegó candela. Regresó a la playa, y cuando zarparon también ardían los tres ranchos. (...)